

Raza, sociedad y prejuicios

RICHARD DAWKINS

Biólogo. Este artículo es una adaptación del capítulo "Grasshopper's tale", de su nuevo libro *The ancestor's tale* (Widenfeld & Nicolson).

Siempre es inquietante el tema de la raza. Al parecer, los seres humanos estuvieron predispuestos a hacer distinciones tajantes entre los pertenecientes a su grupo y los forasteros, antes aun de que existiera raza alguna. En verdad, puede ser que las razas hayan evolucionado parcialmente como respuesta a esa predisposición.

La palabra *raza* no tiene una definición clara. *Especie*, en cambio, es diferente. Cuando se trata de determinar si dos animales pertenecen a la misma especie, existe una forma de llegar a un acuerdo: ¿pueden cruzarse? El criterio de la cruce otorga a la especie una condición única en la jerarquía de los niveles taxonómicos. Por encima del nivel de la especie, un género es simplemente un grupo de especies cuyos miembros son considerablemente parecidos entre sí. No existe ningún criterio objetivo para determinar cuán semejantes deban ser, y lo mismo es cierto respecto de todos los niveles superiores: familia, orden, clase, filum, y los diversos nombres "sub" o "super" que se hallan en medio.

Por debajo del nivel de la especie, *raza* y *subespecie* se usan de manera intercambiable, y, de nueva cuenta, no existe un criterio objetivo que pueda permitirnos determinar si dos personas deban considerarse de la misma raza o no, así como tampoco para establecer cuántas razas existen. Por otra parte encontramos, desde luego, la complicación adicional, que está ausente por encima del nivel de la especie, de que las razas se hibridan, de tal suerte que hay muchísimas personas de raza mixta.

El criterio de la hibridación opera muy bien, y brinda un veredicto inequívoco acerca de los seres humanos y de sus supuestas razas. Todas las razas humanas vivientes se mezclan entre sí. Todos somos miembros de la misma especie, y ningún biólogo respetable diría algo distinto. Sin embargo, permítanme llamar su atención sobre un hecho interesante, incluso tal vez algo perturbador. En tanto que nos hibridamos alegremente con los demás, produciendo un espectro interracial continuo, al mismo tiempo nos

mostramos reacios a renunciar a nuestro lenguaje racial, propenso a establecer divisiones. ¿No esperaría usted que si todos los grados intermedios se exhiben continuamente ante nosotros, el impulso de clasificar a la gente en uno u otro de dos extremos languideciera, sofocado por lo absurdo del intento, que una y otra vez se manifiesta donde quiera que miremos? Pese a ello, no es esto lo que ocurre, y quizás este mismo hecho sea revelador.

Aquellas personas a las que todos los estadounidenses estarían de acuerdo en considerar "negras" tienen quizá menos de una octava parte de ascendencia africana, y a menudo tienen un color de piel claro que cabe muy bien dentro de la gama normal de lo que universalmente se tiene por "blanco". En la foto de la siguiente página, en la que aparecen cuatro políticos del país, de dos se dice que son negros, y los otros dos son descritos como blancos en todos los periódicos nacionales. ¿No creen que un marciano no educado en nuestras convenciones, pero capaz de ver tonos de piel, tendería más probablemente a separarlos y dejar a tres de un lado y a uno del otro? Sin embargo, en nuestra cultura, todos "verían" negro a Colin Powell, incluso en esta fotografía en particular donde casualmente se le ve con un color de piel posiblemente más claro que el de George W. Bush y el de Donald Rumsfeld.

Comparemos a Powell con un hombre genuinamente negro, como Daniel Arap Moi, ex presidente de Kenia. La prensa y las páginas de internet festejaron el "trato casi mesiánico [dado a Powell] en África... por ser negro". ¿Por qué la gente cree tan ciega y fácilmente la evidente contradicción –y hay muchos ejemplos semejante a éste– entre el enunciado verbal

“él es un negro”, y la foto a la que tal enunciado acompaña?

¿Qué ocurre en este caso? Son varias las cosas que ocurren. En primer lugar, tenemos curiosamente una gran proclividad a aceptar la clasificación racial, incluso cuando hablamos de individuos cuyo origen mezclado demuestra que tal clasificación es absurda, y aun ahí donde no tiene pertinencia en absoluto. Segundo, no somos propensos a describir a las personas como de raza mixta. En vez de hacerlo, nos vamos a los extremos, optando por una u otra raza, en otras palabras: decimos que algunos ciudadanos norteamericanos tienen una ascendencia africana pura, y algunos una puramente europea (haciendo caso omiso del hecho de que, si nos remontamos a nuestros orígenes, todos descendemos de africanos autóctonos). Quizá sea conveniente en algunos casos llamar a estas personas negras y blancas respectivamente, y no propongo ninguna objeción de principio a esta denominación. Pero mucha gente, probablemente más de la que la mayor parte de nosotros se percataría, tienen antepasados tanto negros como blancos. Si hemos de usar terminología relacionada con el color, muchos nos encontramos presumiblemente en medio. Y, aun así, la sociedad insiste en llamarnos de uno u otro modo, sin términos medios. Es un ejemplo de lo que he llamado la “tiranía de la mente discontinua”. Con toda regularidad, se pide a los estadounidenses que llenen formas en las que tienen que elegir uno de los cinco recuadros siguientes: caucásico (quién sabe que pueda significar esa palabra, pues no quiere decir *proveniente del Cáucaso*), afroamericano, hispánico (sea cual fuere el significado de este término: no significa, ciertamente, como el vocablo parece indicar, *español*), indígena americano u otro. No existe una opción rotulada “mitad y mitad”; pero la misma idea de marcar recuadros de esa manera es incompatible con la verdad: que muchos, si no la mayoría, son el resultado de una compleja mezcla de esas categorías propuestas y de otras. Mi inclinación al respecto es rehusarme irritado a marcar cualquiera de esas clasificaciones, o a añadir la mía propia, que denomino *ser humano*.

En tercer lugar, en el caso particular de los afroamericanos, hay algo equivalente culturalmente al predominio genético en nuestro uso del lenguaje. Cuando Mendel logró la hibridación de chícharos fruncidos con chícharos lisos, toda la progenie de la primera generación salió lisa. Lo liso es “dominante”, mientras que lo fruncido es “recesivo”. Los miembros de la progenie de la primera generación tenían todos



un alelo liso y uno fruncido; pero los chícharos mismos no podían distinguirse de aquellos con genes no fruncidos. Cuando un hombre blanco se casa con una mujer negra, la progenie es intermedia en color y en la mayor parte de otras características. Esto difiere de la situación de los chícharos. No obstante, todos sabemos cómo denominará la sociedad a esos niños: dirá que son “negros”. El ser negro no es verdaderamente dominante desde el punto de vista genético, como sí lo sería la tersura en los chícharos; pero la percepción social de ser negro se comporta como si fuese una característica dominante; una característica dominante cultural o memética.

El antropólogo Lionel Tiger atribuye esto a una “metáfora de contaminación” racista dentro de la cultura de los blancos; y no cabe duda que también existe un fuerte y comprensible deseo de los descendientes de los esclavos de identificarse con sus raíces africanas.

En cuarto lugar, existe un acusado acuerdo entre observadores en nuestras categorizaciones raciales. Un hombre como Colin Powell, de raza mixta y características físicas intermedias, no es descrito como blanco por algunos observadores y negro por otros. Esto es, sólo una pequeña minoría lo describirá como mixto; pero todos los demás dirán sin falta que Powell es negro; y lo mismo sucederá con cualquiera que tenga la más mínima huella de un origen africano, aun cuando el porcentaje de sus antepasados europeos sea abrumador. Nadie describe a Colin Powell como blanco.

Existe una técnica útil en la ciencia llamada “correlación entre observadores”, medida frecuentemente utilizada para establecer que en verdad existe un fundamento confiable para un juicio, aun cuando nadie pueda establecer en qué consista tal fundamento. En este caso específica exposición razonada que se hace iría más o menos como sigue: tal vez no podamos sa-

ber cuál sea la manera en que la gente decide si alguien es “negro” o “blanco”, pero debe de haber algún tipo de criterio confiable que se nos escapa, porque, si se eligen al azar dos jueces, ambos llegarán a la misma conclusión. El hecho de que la correlación entre observadores siga siendo elevada, y que incluso vaya más allá de un enorme espectro de mezcla racial, nos brinda un testimonio de algo asentado profundamente en la psicología humana. (Conserva reminiscencias de los descubrimientos antropológicos respecto de la percepción del color. Los físicos dicen que el arco iris es un simple *continuum* de la longitud de onda. Pero es la biología o la psicología [o ambas], y no la física, la que singulariza longitudes de onda de señales ubicadas en el espectro físico cuando se da nombre a las cosas. El azul tiene un nombre; el verde también. Pero el azul-verde no lo tiene. Reviste interés el descubrimiento de los experimentos antropológicos en cuanto a que existe un acuerdo considerable respecto de tales formas de nombrar en diferentes culturas. Aparentemente, tenemos el mismo tipo de acuerdo sobre los juicios raciales. Puede llegar a ser incluso más fuerte y más claro que en el caso del arco iris.)

Sea cual fuere lo que pensemos como observadores de apariencias superficiales, para un genetista la especie humana actual es especialmente uniforme. Si observamos tal variación genética como la existente en la población humana, podemos medir la fracción relacionada con los agrupamientos regionales denominados *razas*. Y el resultado es que se trata de un porcentaje muy pequeño del total: entre 6 y 15%, según cómo se mida: la variación es mucho menor que en otras especies en que se han distinguido razas. Los genetistas concluyen, por consiguiente, que la raza no es un aspecto muy importante de una persona. Hay otras formas de decir lo anterior. Si desaparecieran todos los seres humanos y sólo quedara una raza de un lugar, se conservaría la gran mayoría de la variación genética de la especie humana. Esto no es del todo evidente y puede, por lo tanto, ser sorprendente para algunos. Si los enunciados sobre la raza brindaran tanta información como lo pensaba la mayoría de la gente de la época victoriana, por ejemplo, sería necesario conservar una gran variedad y amplitud de las diferentes razas, a fin de preservar la mayor parte de la variación en la especie humana. Sin embargo, no es éste el caso.

Esto habría sorprendido ciertamente a los biólogos de la era victoriana, quienes, salvo contadas ex-

cepciones, veían a la humanidad con gafas de tinte racial. Sus actitudes persistieron hasta entrado el siglo XX. Hitler llegó hasta lo insólito al obtener el poder de tornar las ideas racistas en una política de Estado. Muchos otros pensaban en forma similar, pero carecían de poder. La visión de H. G. Wells de su Nueva República (*Anticipations*, 1901) es un recordatorio saludable de cómo un destacado intelectual británico, tenido en su tiempo por progresista, pudo decir cosas horribles apenas hace un siglo y que, en ese entonces, fueron pocos los que se pecataron de ello: “¿Y qué trato dará la Nueva República a las razas inferiores? ¿Cómo se ocupará de los negros [...] del hombre amarillo [...] del judío?, ¿de ese enjambre de personas negras y morenas, de blancos sucios y de gente amarilla, que no se avienen a las nuevas necesidades de eficiencia? Bueno, el mundo es el mundo, no una institución de caridad, y me parece que deberán irse [...] y el sistema ético de los hombres de la Nueva República, el sistema ético dominante en el Estado mundial, será moldeado primordialmente para favorecer la procreación de lo fino y eficiente, de lo bello en la humanidad: cuerpos hermosos y fuertes, mentes claras y poderosas [...] Y el método que la naturaleza ha seguido hasta ahora para dar forma al mundo, merced al cual se ha impedido que la debilidad propague más debilidad [...] es la muerte [...] Los hombres de la Nueva República [...] tendrán un ideal que hará del asesinato algo que valga la pena.”

Supongo que debemos sentirnos aliviados gracias al cambio que se ha realizado en nuestras actitudes en el siglo que ha mediado entre Wells y nosotros. Tal vez, en un sentido negativo, Hitler ameritaría algo de crédito a causa de ello, ya que nadie desea que lo pillen afirmando nada de lo que él dijo. Sin embargo, me pregunto, ¿qué palabras nuestras citarán, horrorizados, los futuros habitantes del siglo XXII? ¿Quizás algo que tenga que ver con cómo tratamos a otras especies?

Pero volvamos a nuestro punto. Hablábamos del nivel extraordinariamente elevado de uniformidad genética en la especie humana, a pesar de las apariencias superficiales. Si analizamos la sangre y comparamos las moléculas proteínicas, o si hacemos una secuencia de los genes mismos, encontraremos que hay menos diferencias entre cualesquier dos seres humanos que vivan en cualquier parte del mundo que la existente entre dos chimpancés africanos. Podemos explicar esta uniformidad humana conjeturando que nuestros antepasados, pero no aquellos de los chimpancés, pa-

saron a través de un cuello de botella genético, quizá durante los últimos 100 mil años. La población se redujo a una cifra muy pequeña, llegó casi a la extinción, pero logró salir adelante. Igual que los hijos de Noé, en el mito, todos hemos descendido de esta pequeña población, y éste es el motivo por el cual somos tan uniformes desde un punto de vista genético.

Hay quienes encuentran insatisfactorias las evidencias de la genética bioquímica, porque no parecen cuadrar con su experiencia cotidiana. No nos “vemos” uniformes. Los noruegos, los japoneses y los zulúes realmente tienen entre sí, más bien, una apariencia drásticamente diferente. Con la mejor voluntad del mundo, es intuitivamente difícil creer lo que de hecho es verdad: que *realmente* tienen una similitud mayor que tres chimpancés que se ven, a nuestros ojos, mucho más parecidos. Ésta es, desde luego, una cuestión muy sensible políticamente, y la observé ridiculizada con gran sentido del humor por un investigador en medicina de África occidental durante una reunión a la que asistieron alrededor de 20 científicos. Al principio del encuentro, el presidente pidió a cada uno de los que estábamos en la mesa que nos presentáramos. El africano, que era el único negro, llevaba por casualidad una corbata roja. Terminó de presentarse diciendo: “Podrán recordarme fácilmente. Soy el que lleva la corbata roja.” Se burlaba genialmente del modo en que la gente se hace la tonta pretendiendo que no advierte las diferencias raciales. Con todo, no podemos pasar por alto las pruebas aportadas por la genética, que señalan que, pese a las apariencias en contrario, somos en verdad una especie extraordinariamente uniforme. ¿Cuál es la solución al manifiesto conflicto entre la apariencia y la realidad, medida por la ciencia?

Es genuinamente cierto que, si medimos la variación total en la especie humana, y luego la seccionamos en un componente intrarracial y otro intrarracial, el primero constituye una fracción muy pequeña del total. Sólo un añadido pequeño de variación extra distingue a las razas entre sí. Eso es perfectamente correcto. Lo que no es correcto es la inferencia de que la raza es, en consecuencia, un concepto sin significado. A. W. F. Edwards, un distinguido genetista de Cambridge, dejó muy en claro este punto en una ponencia que llamó “Human genetic diversity: Lewontin’s fallacy”. R. C. Lewontin es un genetista igualmente distinguido de Cambridge, Massachusetts, y se le conoce por la fuerza de sus convicciones políticas y la debilidad que tiene de llevarlas a la ciencia cada vez que

puede. Su opinión sobre la raza ha llegado a ser una ortodoxia prácticamente universal en círculos científicos. En su famoso artículo, escrito en 1972, dijo: “Es evidente que nuestra percepción de diferencias relativamente grandes entre las razas y los subgrupos humanos, comparadas con la variación dentro de estos grupos, es en verdad una percepción sesgada y que, con base en diferencias genéticas elegidas al azar, las razas y las poblaciones humanas son notablemente parecidas entre sí, y la mayor parte de la variación humana se explica en gran medida por la diferencia entre los individuos.”

Éste es exactamente el punto de vista que he aceptado en líneas anteriores, lo que no es una sorpresa, pues lo que he dicho se funda en gran parte en Lewontin. Sin embargo, veamos qué dice este científico más adelante: “La clasificación racial humana no tiene valor social y es absolutamente destructiva para las relaciones sociales y humanas. Visto que ahora se advierte que tal clasificación racial carece virtualmente de importancia genética o taxonómica, no puede brindarse justificación alguna para que continúe.”

Todos podemos manifestar con alegría nuestro acuerdo en que la clasificación racial de los seres humanos carece de valor social y que es absolutamente destructiva para las relaciones sociales y humanas. Ésta es una de las razones por las que objeto esa manera de marcar los recuadros en las formas y por las que estoy contra la discriminación positiva en la selección laboral. Pero eso no significa que la raza carezca “virtualmente de importancia genética o taxonómica”. Ése es precisamente el punto de Edwards, cuyo razonamiento es éste: por muy pequeña que sea la división racial de la variación total, si las características raciales existentes guardan una gran correlación con otras características raciales, aquéllas son por definición informativas y, en consecuencia, tienen importancia taxonómica.

El término *informativo* significa algo bastante preciso. Un enunciado informativo es aquel que nos dice algo que desconocíamos con anterioridad. El contenido de la información de un enunciado se mide como una reducción en la incertidumbre previa. Si yo te digo que Rosario es un varón, sabrás inmediatamente muchísimas cosas acerca de él. La incertidumbre que tenías antes en cuanto al tamaño de sus genitales se reduce; ahora estás enterado de una serie de hechos, desconocidos antes para ti, acerca de sus cromosomas, sus hormonas y otros aspectos de su bioquímica, y hay una reducción cuan-

titativa en tu incertidumbre previa respecto a la profundidad de su voz y a la distribución de su pelo facial, su grasa corporal y su musculatura. En oposición a los prejuicios de la época victoriana, tu incertidumbre anterior relacionada, en términos generales, con la inteligencia de Rosario, o su capacidad de aprendizaje, permanece sin cambios por la información sobre su sexo. Tu incertidumbre previa vinculada a su capacidad para levantar pesas o sobresalir en la mayoría de los deportes se reduce cuantitativamente, pero sólo cuantitativamente. Muchas mujeres pueden derrotar a muchos hombres en cualquier deporte, si bien los mejores deportistas pueden vencer a las mujeres más sobresalientes. Por ejemplo, tu aptitud para hacer apuestas respecto de la velocidad de Rosario como corredor, o la potencia de su saque en el tenis, se ha elevado un tanto desde el momento en que te he revelado su sexo, aunque no ha alcanzado la certidumbre.

Pero volvamos ahora al asunto de la raza. Si te digo que Susi es china, ¿cuánto se ha reducido tu incertidumbre previa? Ahora estás bastante seguro de que su pelo es lacio y negro (o que era negro), que sus ojos tienen un pliegue epicántico, y también sabrás una o dos cosas más acerca de ella. Si te digo que Colin es “negro”, esto no te dice, como ya vimos en párrafos anteriores, que sea negro. Con todo, no deja de ser algo que proporcione información. La elevada correlación entre observadores indica que, en este caso, se presenta una constelación de características que la mayoría de la gente reconoce, de suerte tal que el enunciado “Colin es negro” sí reduce en verdad la incertidumbre previa acerca de Colin. Funciona de manera inversa hasta cierto punto. Si te digo que Carl es un campeón olímpico de carreras cortas, tu incertidumbre previa acerca de su “raza” se reduce, atendiendo a lo mostrado por las estadísticas: verdaderamente, puedes tener una seguridad razonable de que ganarás si apostaste que es “negro”.

Recordemos que el análisis previo surgió porque nos hicimos la pregunta de si el concepto de raza era, o ha sido alguna vez, una forma de proporcionarnos información valiosa para clasificar a las personas. ¿Cómo podríamos aplicar el criterio de correlación entre observadores para emitir un juicio respecto de esta pregunta? Bien, pues supongamos que tomáramos fotografías de rostro completo de nativos elegidos en forma aleatoria de cada uno de los siguientes países: Japón, Uganda, Islandia, Sri Lanka, Papúa Nueva Guinea y Egipto. Si presentáramos 120 fotografías a 120 personas, me aventuro a decir que todas

y cada una de ellas las dividiría y clasificaría, con 100 por ciento de acierto, en seis categorías diferentes. Lo que es más: si les dijéramos los nombres de los seis países mencionados, todas esas 120 personas, si hubieran recibido una formación educativa razonable, asignarían correctamente todas las 120 fotografías a los países correctos. No he hecho este experimento, pero tengo la seguridad de que ustedes estarán de acuerdo conmigo respecto de cuál sería el resultado del mismo. Tal vez parezca poco científico de mi parte el no haberme molestado en hacer el experimento. Sin embargo, mi seguridad de que usted, siendo humano, estará de acuerdo en ello sin hacer el experimento es exactamente el punto que quiero hacer ver. Si se llevara a cabo el experimento, no creo que Lewontin esperaría cualquier otro resultado que el predicho por mí. No obstante, parecería que de su enunciado relativo a que la clasificación racial no tiene virtualmente ninguna importancia taxonómica o genética, se sigue una predicción opuesta.

En suma, creo que Edwards está en lo correcto y que Lewontin se equivoca. No obstante, apoyo vigorosamente la opinión de Lewontin de que la clasificación racial puede ser activamente destructiva para las relaciones sociales y humanas, sobre todo cuando la gente se sirve de tal clasificación racial como un medio para tratar en forma diferente a otras personas, sea discriminándolas tácitamente, o bien de una manera abierta. Adherir una etiqueta racial a alguien es algo informativo, porque hacerlo nos dice más de una cosa acerca de esa persona o de esas personas. Puede reducir nuestra incertidumbre acerca del color de su cabello y de su piel, de si su pelo es muy rizado, de cuál es la forma de sus ojos o de su nariz, así como cuán alto es. Pero todo ello no nos da razones para suponer que esa información nos diga algo sobre lo bien calificados que están para un trabajo. Y aun en la improbable posibilidad de que sí redujera nuestra incertidumbre acerca de su probable conveniencia para un trabajo en particular, seguiría siendo perverso utilizar rótulos raciales como un fundamento para discriminar a alguien cuando se contratara a esa persona. Debemos elegir con base en las capacidades, y si, habiendo hecho eso, terminamos con un equipo de corredores de los cien metros bien negros, que así sea. No hemos practicado la discriminación racial si llegamos a esta conclusión.

Un excelente director, cuando permitía que distintos instrumentistas dieran audiciones para que él pudiera integrar su orquesta, siempre hacía que tocaran su instrumento detrás de una pantalla. Se les decía a

los músicos que no hablaran, e incluso tenían que quitarse los zapatos para que el ruido de los tacones altos no delatara el sexo del ejecutante. Aun si fuese estadísticamente cierto que las mujeres tienden a ser mejores arpistas que los hombres, por poner un ejemplo, ello no significa que deba discriminarse a los hombres cuando se elija a alguien que toque este instrumento.

Me inclino a pensar que la discriminación contra individuos, exclusivamente con base en el grupo a que pertenecen, siempre es un error. Existe en la actualidad un consenso casi universal respecto a que las leyes del *apartheid* en Sudáfrica eran malignas. La discriminación positiva que favorece a una "minoría" de estudiantes en los campus estadounidenses puede atacarse objetivamente con los mismos fundamentos que fue rechazado el *apartheid*. Ambos tratan a las personas como representantes de grupos en vez de tratarlos como individuos por su propio derecho. La discriminación positiva se defiende a veces diciendo que compensa siglos de injusticia.

Pero ¿cómo puede ser justo desquitarse hoy con un solo individuo por los errores cometidos por

miembros muertos hace largo tiempo, integrantes de un grupo plural al que él pertenece? Las personas son individuos; son individualmente diferentes, mucho más distintos de otros miembros de su grupo de lo que sus grupos son unos de otros. En esto, Lewontin está claramente en lo cierto.

El acuerdo entre observadores es indicativo de que la clasificación racial no deja de proporcionar, ciertamente, alguna información, pero, ¿qué información nos da? De cosas como la forma de los ojos y la calidad del cabello. Por alguna razón, parece ser que son las características superficiales, externas, triviales, las que se relacionan con la raza: quizás especialmente las características faciales. Pero ¿por qué las razas humanas son tan diferentes precisamente en estas características superficialmente llamativas? ¿O será que nosotros, como observadores, estamos predispuestos a reparar en ellas? ¿Por qué otras especies se ven comparativamente uniformes, mientras que los seres humanos exhiben diferencias tales que, si las encontráramos en el reino animal por ejemplo, podrían hacernos pensar que en ese caso se trata de varias especies distintas?

La explicación más aceptable, desde un punto de vista político, es que los miembros de cualquier especie tienen una sensibilidad intensificada a las diferencias entre los miembros de su misma clase. Según esto, sucede simplemente que notamos las diferencias humanas con mayor facilidad que las diferencias en las otras especies. Los chimpancés, a los que encontramos casi idénticos, desde su perspectiva se ven unos a otros muy diferentes, lo mismo que nosotros distinguimos con mucha nitidez a un kikuyu de un holandés. Con la esperanza de confirmar este tipo de teoría en un nivel intrarracial, el psicólogo estadounidense H. L. Teuber, experto en los mecanismos cerebrales del reconocimiento facial, solicitó a un estudiante chino que estudiara la cuestión siguiente: "¿Por qué los occidentales piensan que los chinos se parecen más entre sí que los occidentales?" Después de tres años de intensa investigación, el estudiante chino reportó en su conclusión lo que sigue: "¡las personas chinas se parecen realmente más entre sí que los occidentales!" Teuber contó esta historia alzando mucho las cejas, signo seguro de que esta historia encerraba una broma, de modo que desconozco la verdad del asunto. Con todo, no tengo ninguna dificultad en creerla, y ciertamente no me parece que deba incomodar a nadie.

Nuestra no tan lejana diáspora mundial fuera de África nos ha llevado a una variedad extraordinaria-

Presencia del racismo en nuestra historia

Cholo : al hijo de blanco e india.

Mulato : al hijo de blanco y negra.

Moreno : al mulato con facciones y color tirando a negro.

Sacalagua : al mulato de piel clara, cabello castaño y ensortijado, ojos claros, pero claras facciones de ascendencia negra.

Zambo : al hijo de negro e india.

Zambaigo : al hijo de chino e india.

Tercerón : al hijo de blanco y mulata.

Cuarterón : al hijo de blanco y mestizo.

Quinterón : al hijo de blanco y cuarteron.

Rellollo : a la segunda generación de negro nacido en América.

Mucamuca : al hijo de chino y zamba.

Saltapatrás : al hijo de terceron y mulata.

Tornatrás : al hijo de mulato y mestiza.

Tentenelaire : al hijo de cuarteron y mulata.

Notentiendo : al hijo de tentenelaire y mulata.

Lobo : al hijo de indio y tornatrás.

Calpamulato : al hijo de zambaigo y loba.

Cambuja : al hijo de zambaigo e india.

Albarazado : hijo de cambuja y mulata.

Coyote : al hijo de cuarteron y mestiza.

Barcino : al hijo de albarazado y blanca.

Tipologías racistas como estas pueden encontrarse en libros de historia de México de los siglos XIX y XX.

mente amplia de hábitat, climas y formas de vida. Es verosímil que las diferentes condiciones hayan ejercido fuertes presiones en la selección, en especial en las partes que pueden verse desde fuera, como sería la piel, que llevan el impacto del sol y el frío. Es difícil pensar que haya otra especie que florezca tan bien desde el trópico al Ártico, desde el nivel del mar hasta las alturas de los Andes, desde los sedientos desiertos a las selvas lluviosas. Condiciones tan distintas estaban destinadas a ejercer diferentes presiones en la selección natural, y sería sorprendente que las poblaciones de los diferentes lugares no divergieran como resultado de todo ello. Los cazadores de las profundas selvas de África, Sudamérica y el sudeste asiático se han hecho más pequeños, casi con seguridad porque la altura debe de ser un obstáculo en una vegetación muy densa. Los pueblos de altas latitudes, que, como se ha supuesto, necesitan todo el sol posible para elaborar vitamina D, tienden a tener piel más blanca que aquellos que se ven enfrentados al problema opuesto: los rayos carcinogénicos del sol tropical. Es razonable pensar que tal selección regional tendría efectos especialmente en características superficiales como el color de la piel, en tanto que dejaría intacto y uniforme la mayor parte del genoma.

Tal podría ser, en teoría, la explicación cabal de nuestra variedad visible y superficial, que cubre una profunda similitud. Sin embargo, esto no me parece suficiente. Creo que al menos podría ser de ayuda agregar una idea, que ofrezco de manera tentativa. Es verdad que somos una especie muy uniforme, si contamos la totalidad de los genes, o si se toma una muestra realmente aleatoria de genes; sin embargo tal vez haya razones especiales para una cantidad desproporcionada de variación en los mismos genes que nos facilitan advertir la variación y nos permiten distinguir a los de nuestro tipo de otro distinto. Entre éstos quedarían incluidos los genes responsables de las "etiquetas" visibles desde afuera, como el color de la piel. Quisiera proponer la idea de que esta posibilidad de diferenciar, que se ha ido acrecentando, ha evolucionado mediante la selección sexual, específicamente en los seres humanos, ya que somos una especie muy vinculada a la cultura. En vista de que nuestras decisiones de hacer pareja están influidas con tanta intensidad por tradiciones culturales, y puesto que nuestras culturas, y a veces nuestras religiones, fomentan la discriminación en contra de los forasteros, especialmente cuando elegimos una pareja, esas diferencias superficiales, que ayudaron a

nuestros antepasados a preferir a los del propio grupo sobre los forasteros, se han visto resaltadas fuera de toda proporción en relación con las diferencias genéticas reales, existentes entre nosotros. Nada menos que un pensador de las dimensiones de Jared Diamond ha respaldado una idea parecida en *The rise and fall of the third chimpanzee...*, y el mismo Darwin, en términos más generales, invocó la selección sexual para explicar las diferencias raciales.

Quiero ahora considerar dos versiones de la teoría mencionada: una fuerte y una débil; la verdad podría hallarse en una combinación de ambas. La teoría fuerte plantea que el color de la piel, y otras señales genéticas llamativas, evolucionaron activamente como elementos diferenciadores en el momento de elegir pareja. La teoría más débil, de la que puede decirse que desemboca en la versión fuerte, considera que diferencias culturales como el lenguaje y la religión desempeñaron el mismo papel que la separación geográfica en las etapas incipientes del proceso de evolución de las especies. Una vez que las diferencias culturales llegaron a una separación inicial, los grupos evolucionarían, luego, separados desde un punto de vista genético, como si mediara entre ellos una separación geográfica. Una población ancestral puede dividirse en dos poblaciones distintas,



genéticamente hablando, sólo si recibe una ventaja inicial merced a una separación accidental en el principio, que normalmente, según se supone, fue de carácter geográfico. Una barrera, como la de una cadena montañosa, reduce el flujo genético entre dos valles poblados; de suerte que los depósitos genéticos en ambos valles no encuentran obstáculos para apartarse y tomar rumbos separados. La separación se verá normalmente inducida por distintas presiones selectivas; así, por ejemplo, uno de los valles puede ser más húmedo que el vecino. Pero la separación accidental inicial, geográfica según mi supuesto, es necesaria.

Este punto es controvertido. Algunos creen que la separación inicial tuvo que ser geográfica, mientras que otros, especialmente los entomólogos, hacen hincapié en que el proceso de evolución de las especies es *simpátrico*, como ellos lo llaman, lo cual significa que la separación inicial, cualquiera sea ésta, no es geográfica. Muchos insectos herbívoros comen sólo una especie de planta, encuentran a sus parejas y ponen sus huevecillos en las plantas que prefieren. Después, sus larvas “graban en la memoria” la planta donde comieron y crecieron, y de adultas eligen la misma especie de planta para poner en ella sus huevos; de modo que si una hembra adulta cometió un error y puso sus huevecillos en la planta equivocada, sus hijas grabarán en la memoria esa planta incorrecta y, cuando el tiempo llegue, pondrán sus huevecillos en plantas de la misma especie equivocada. Más adelante, sus larvas grabarán, a su vez, en su memoria la misma planta equivocada, merodearán por ese lugar cuando adultas, se acoplarán con otros insectos que estén en esa planta incorrecta y, con el tiempo, pondrán sus huevecillos también en la planta equivocada.

En el caso de estos insectos, puede verse que, en una sola generación, el flujo de genes con el tipo de los padres puede quedar abruptamente interrumpido. Teóricamente, una nueva especie está en posibilidades de empezar a existir sin obstáculos ni necesidad de que exista de por medio el aislamiento geográfico. O, para ponerlo de otra manera, la diferencia entre dos clases de planta para alimentarse es, para estos insectos, equivalente a una cadena montañosa o a un río para otros animales. Lo que estoy queriendo decir es que la cultura humana, con su tendencia a distinguir entre los pertenecientes a su grupo y los que son externos al mismo, también suministra una manera especial en la que el flujo genético puede encontrarse bloqueado, lo que es un tanto parecido a lo dicho respecto de los insectos en el párrafo anterior.

En el caso de los insectos, los padres proporcionan a su progenie la preferencia por determinadas plantas, por la doble circunstancia de la fijación de las larvas a su planta alimenticia, por una parte, y porque los adultos se aparean y ponen sus huevecillos en esas mismas plantas. Y, en realidad, los linajes establecen “tradiciones” que viajan longitudinalmente hacia las generaciones posteriores. Las tradiciones humanas son semejantes, aunque más elaboradas. Ejemplo de ello son las lenguas, las religiones, y los modales o las convenciones sociales. Generalmente los niños adoptan la lengua y la religión de sus padres, aun cuando, exactamente igual que con los insectos y sus plantas alimenticias, hay suficientes “errores” para hacer la vida interesante. De nueva cuenta, al igual que con los insectos apareándose en las inmediaciones de sus plantas alimenticias preferidas, las personas tienden a hacer pareja con otros que hablen su mismo idioma y recen a los mismos dioses. De esta manera, los idiomas y las religiones pueden desempeñar el papel de las plantas alimenticias, o de las cadenas montañosas en el tradicional proceso geográfico de evolución de las especies. Los idiomas, las religiones y las prácticas sociales diferentes pueden operar como una barrera para el flujo genético. A partir de ahí, de acuerdo con la forma más débil de nuestra teoría, las diferencias genéticas aleatorias simplemente se acumulan en los lados opuestos de una barrera lingüística o religiosa, igual que como lo harían en los lados opuestos de una cadena montañosa. Más adelante, según la versión fuerte de la teoría, las diferencias genéticas surgidas así son reforzadas, a medida que la gente se sirve de las diferencias aparentemente llamativas como rótulos adicionales de discriminación en la elección de pareja, complementando con ello las barreras culturales que dieron lugar a la separación inicial.

Las diferencias aprendidas en el lenguaje, la religión y las prácticas sociales suministran, por desgracia notoriamente, las etiquetas para el prejuicio y la discriminación. Así también, aún con mayor obviedad, lo hacen las diferencias en el color. ¿Podrá haber estado implicada la primera categoría en la evolución de la segunda?

© *Prospect*, octubre de 2004.
Traducción de Marta Donís.